Muertos vivientes en la crónica latinoamericana contemporánea: de la ficción fantástica a la necropolítica[[1]](#footnote-1)

POBLETE ALDAY, Patricia / Universidad Academia de Humanismo Cristiano - ppoblete@academia.cl

Eje: Cuerpo, política y crueldad

Tipo de trabajo: ponencia

* Palabras claves: Cadáver – Crónica contemporánea - Necropolítica
* Resumen

Las crónicas sobre la violencia urbana contemporánea se construyen en torno a una figura inquietante: el cadáver ultrajado. Violado, desmembrado, insepulto, asimilado al desperdicio, éste se convierte en lenguaje; su fuerza simbólica remite a la ineficiencia del Estado ante el crimen organizado (cuando no a su franca colaboración con/sumisión a él), mientras que las particularidades de su mancilla amplían el vocabulario de un orden distópico y dislocado. Al hablar, el cadáver ultrajado se resiste a morir, quedando en un estadio de indeterminación, híbrido y monstruoso, heredero de uno de los motivos clásicos de los relatos de terror: el muerto viviente.

En esta ponencia realizaremos una revisión de este motivo literario, actualizado en las crónicas narrativas publicadas durante este decenio desde Centroamérica y México. Nuestro corpus se conforma especialmente con los textos del salvadoreño Óscar Martínez, de la mexicana Marcela Turati y de los españoles Roberto Valencia y Alberto Arce. En ellos veremos cómo, al adquirir claras connotaciones políticas, el motivo del muerto viviente rebasa los límites de lo fantástico para instalarse en lo “real/referencial”.

* Presentación

Una parte importante de las crónicas sobre la violencia urbana contemporánea que hoy se publican, se construyen en torno a una figura inquietante: el cadáver ultrajado. Violado, desmembrado, insepulto, asimilado al desperdicio, éste se convierte en lenguaje; su fuerza simbólica remite a la ineficiencia del Estado ante el crimen organizado (cuando no a su franca colaboración con/sumisión a él), mientras que las particularidades de su mancilla amplían el vocabulario de un orden distópico y dislocado. Ello se evidencia con facilidad en textos del salvadoreño Óscar Martínez, de la mexicana Marcela Turati y de los españoles Roberto Valencia y Alberto Arce, a los que nos remitiremos en esta intervención.

El primero, periodista del periódico on line El Faro, alcanzó notoriedad dentro del panorama cronístico actual luego de acompañar a los migrantes centroamericanos en su recorrido a lomos de la Bestia, el tren carguero que recorre Chiapas hasta Lechería, en el estado de México. En sus crónicas, recopiladas en diversas antologías y tres libros propios (Los migrantes que no importan, The Beast y Una historia de violencia; 2010, 2013 y 2016, respectivamente), el cadáver es leitmotiv narrativo, síntoma de un sistema omnívoro y corrupto, y a la vez símbolo de un fracaso colectivo. Posiblemente como mejor se ilustre todo ello sea con la historia que narra desde la perspectiva de Israel Ticas, el único perito forense de la fiscalía de El Salvador, especializado en encontrar fosas clandestinas y desenterrar los cuerpos que yacen en ellas. Ticas busca vida en medio de la muerte, señala el cronista, apelando no sólo al ejercicio de la autopsia —en el que el cuerpo revela las circunstancias de su fallecimiento— sino también al hecho de que su labor colabora en la denuncia de la impunidad y el horror. Israel Ticas saca a la luz cadáveres y, con ellos, también eso que yace podrido y nauseabundo bajo nuestras sociedades:

Una vez saqué a un niño de cinco años y una niña de ocho años. Según contó el testigo, los pandilleros habían violado a la niña, bajo la condición de que no iban a matar al hermanito si se dejaba violar por 15 sujetos. La violaron e igual la mataron. Fue allá por 2006. Encontré los cuerpecitos abrazados. (Martínez, 2015: 69)

El cadáver de un niño es, de por sí, una aporía; una contradicción ferozmente remarcada, en este caso, por el gesto amoroso. El abrazo como amparo inútil contra la muerte; como signo de una humanidad vulnerable que contrasta la fuerza bruta —“desalmada”, diríamos— que la aniquila. La imagen de estos cuerpos es un oxímoron que nos interpela racional y emocionalmente, de la misma forma en que lo hacen estas crónicas, que remontan con creces la labor informativa y de denuncia reservada al periodismo.

En el texto de Marcela Turati sobre Santiago Meza López, “El Pozolero”, el cuerpo se vuelve un hiato, al desintegrarse en soda cáustica. Según su propia confesión, durante la década de los noventa Meza López disolvió los cuerpos de unas 300 víctimas del narco, pero al ser interrogado no pudo reconocer ninguno de los rostros que le enseñaron en fotografías. Ello da cuenta de la impersonalidad y serialización del proceso, pero también del hecho de que la identidad del cadáver ha desaparecido mucho antes de su disolución física, producto del desmembramiento y de la promiscua amalgama con otros cadáveres. En este caso, como sucede en cualquier masacre, la morfología del cuerpo se inscribe en el registro de una generalidad indiferenciada: “simples reliquias de un duelo perpetuo, corporalidades vacías […] formas extrañas sumergidas en el estupor.” (Nbembe, 2011: 64) La referencia alimenticia del pozole resulta grotesca, pero permite comprender las similitudes narrativas de este tipo de textos con los relatos de terror tradicionales (que funcionan como horizonte comparativo para efectos de la investigación en la que se enmarca esta ponencia). Apostilla Turati: “En el imaginario de los mexicanos quedó fija la imagen de Meza López, de pie al lado de un tambo metálico, removiendo por horas el guiso humano mientras se refrescaba la garganta con unas cervezas, como un brujo que prepara un brebaje.” (2015: 121)

Hacemos esta referencia porque, al hablar, el cadáver ultrajado se resiste a morir, quedando en un estadio de indeterminación, híbrido y monstruoso, heredero de uno de los motivos clásicos de los relatos de terror: el muerto viviente o el no-muerto. Al rebasar los límites de lo fantástico para instalarse en lo “real/referencial”, esta figura adquiere claras y potentes connotaciones políticas. Dentro de un sistema perverso y excluyente, el cuerpo vale ya no solo como fuerza productiva, sino también como mercancía en el mercado de la violencia, donde la tortura y el asesinato se vuelven un ejercicio y un despliegue de poder ultra rentable.

Ello se ilustra con macabra exactitud en el caso del Pozolero, para quien la labor de deshacer cadáveres no era sino un trabajo remunerado con el que podía alimentar a su familia; y en el que primaban los mismos criterios de eficiencia y rentabilidad que operan en cualquier oficina. La única diferencia es que aquí los referentes eran otros: cantidad de litros de soda cáustica por muerto; número de horas invertidas en desintegrar los tejidos; tipos de drenajes que permitan deshacerse de los restos no disueltos con más facilidad, etc.

En el contexto de países cruzados por la violencia, y al alero de la necropolítica,[[2]](#footnote-2) según indica Sayak Valencia, el cuerpo es concebido “[…] como una cartografía susceptible de reescritura, pues al inscribir en él códigos propios del crimen organizado se intenta establecer un diálogo macabro y un imaginario social basado en la amenaza constante.” (2010: 111)

Acaso el ejemplo más evidente lo constituyan los tatuajes como símbolo de pertenencia y propiedad; pero en lo que aquí nos interesa, vemos cómo el modus operandi del asesinato deja un mensaje claro y disuasivo. La violencia genera una forma de intimidad abyecta entre víctima y victimario; no se trata de asesinatos funcionales, sino de instancias de tortura y vejación que escenifican el poder del verdugo a la vez que despojan al cuerpo de su dignidad y su condición humanas. El tiro en la sien o el golpe certero son reemplazados por prácticas como la inscripción a navaja de algún símbolo (normalmente, las iniciales de una pandilla) en la frente de la víctima aún viva; por la “corbata colombiana”, que consiste en abrirle la tráquea para jalarle la lengua a quienes han hablado de más; por las decapitaciones y la exhibición pública de las cabezas, o del cuerpo acéfalo. Por crucifixiones, también públicas. O por el “horno”, que es el descuartizamiento y posterior incineración del cuerpo, tras lo cual se mezclan sus cenizas con cocaína en una pipa para ser fumadas por sus ejecutores. Al revelar una semiótica de la violencia, el cuerpo se vuelve una firma, una rúbrica. El periodista Sergio González Rodríguez asociaba este fenómeno a la creciente visibilidad de las actividades del narco en México: si antes su tarea era silenciosa y oscura, hoy se hace gala de ella, construyendo usos, e incluso ritos, con la sangre de las víctimas. (2011:22)

En su punto extremo, este ejercicio subraya la condición de despojo que, de por sí, posee el cadáver. Al violentar su unidad y reducir su materialidad, el verdugo se adelanta al proceso natural de descomposición, arrogándose un poder que es sobre e infrahumano a la vez. “Mancillar al muerto equivale a negarlo como persona, y por lo tanto, a hacerlo morir por segunda vez.” (Thomas, 1989: 121) Para ilustrarlo, citamos parte del relato de Roberto Valencia sobre la masacre en un reformatorio para menores de edad en El Salvador:

“La Policía encontró un interno brutalmente asesinado”, consignó al día siguiente El Diario de Hoy, un periódico local, pero la frase se queda corta. La turba deshizo a golpes el cuerpo, la cabeza se la vaciaron, su rostro desapareció. “Era como una bolsa de carne molida” y “le sacaron toda la cara y quedó como guacalito”[[3]](#footnote-3) son descripciones de personas que vieron el cuerpo, cercenado con una saña que cuesta siquiera imaginar […] (2014: 120)

Más allá de su realidad bioquímica, el cadáver es un hecho sociocultural, que habla —sobre todo— de quienes seguimos vivos (Thomas 73). Lo que hacemos con él; el tratamiento que le damos, muestra cómo es nuestra relación con la muerte, pero también de qué manera la integramos, esta última, a una posible teleología. Prácticas de tortura y asesinato como las arriba descritas revelan un panorama social pavoroso, donde la vida misma carece de todo valor más allá del económico.

De un modo similar, la naturalización del cadáver y su capitalización como parte del espectáculo insiste en la insignificancia de la vida que alguna vez animó al cuerpo. En “Se hunde Atlántida”, texto de Daniel Valencia, esta condición aparece ya en los primeros párrafos, cuando el cronista narra su llegada al lugar de los hechos: el centro de una ciudad costera de Honduras, donde yace el cuerpo acribillado de Julio Funes, un empresario de autobuses que se negó a pagar la extorsión de un grupo de pandilleros.

Mientras una de sus hermanas reclamaba el cuerpo de Roberto Funes y un policía intentaba calmarla, dos niñas uniformadas compraban granizadas de fresa. El vendedor las servía y las niñas comían emocionadas, mientras contemplaban el cadáver y a las moscas que hacían fiesta sobre la boca inerte. (2014: 335)

Esta condición reaparece en las crónicas de Alberto Arce, frente a una situación similar —casi idéntica, de hecho— acontecida en San Pedro Sula, también en Honduras. La única diferencia es que aquí subyace una potente reflexión autocrítica, por la que incluso la labor social del periodismo queda relativizada:

En poco menos de una hora, la escena degenera en una feria que gira alrededor de la muerte. Los vendedores hacen sonar las campanillas de sus carros y la gente los rodea para comprar caramelos, agua, jugos y baleadas. El público come, charla, se distrae. Poco a poco, el evento cobra vida propia. Muchos dejan de mirar. Casi nadie se va. Alguien, por fin, despliega unas sábanas sobre los cuerpos y los periodistas locales apagan las cámaras por un rato, como si la función hubiera terminado. Los de la tele están de paso entre muerto y muerto, cumpliendo la peonada. Ya tienen los planos de los cuerpos sin vida, de los espectadores curiosos, de un policía gordo que acordona el lugar. Con eso es suficiente. (2016: 25)

En “Poderes de la perversión”, Julia Kristeva señala que todo crimen es abyecto, ya que evidencia la fragilidad de la ley, tanto más cuando su autor queda libre e impune (2006: 11). En este mismo texto, establece una radical diferencia entre la abyección —“aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden” (ibídem)— y lo siniestro (unheimlich): aquello familiar y reprimido que regresa. Llama la atención que, siendo el cadáver el epítome de la abyección, según la filósofa búlgara, a la vez cumpla un rol protagónico en un género literario como el fantástico, que se yergue precisamente sobre la idea de lo siniestro elaborada desde el psicoanálisis (Freud, 1919). Por cierto que la aporía se mitiga cuando comprendemos al despojo humano como antítesis de la vida, y como evidencia concreta de un más allá que escapa a la razón y a la experiencia consciente. Pero quizás no termine de hacernos sentido sino hasta cuando enfrentamos la faceta de “no-muerto” del cadáver, esto es: de un otro que nos interpela desde un espejo deformante; horrendo hermano siamés cuyos estigmas dicen con feroz elocuencia aquello que su boca ya no puede pronunciar.

En este contexto, la sociedad ya no se apura en borrar los signos de la muerte, sino que los exhibe en su manifestación más primaria. Ante el cadáver ultrajado nos preocupa menos el mal del “contagio” asociado a su descomposición (Bataille, 1985: 68) que aquel mal liberado, banal y cotidiano, que lo convirtió en un híbrido monstruoso y dejó sus marcas en él. La mancilla del prójimo nos muestra la fragilidad de la vida, sí, pero también y sobre todo nos dice que somos criaturas aptas para el mal: para ejercerlo y para gozarlo.

Lejos de descansar en paz, el cadáver ultrajado se convierte en un muerto viviente, en tanto funciona como sinécdoque del horror, que por medio de estas crónicas nos habla de sí mismo y de su agonía; de nosotros y de nuestra barbarie, que no se opone —que nunca se ha opuesto— a la civilización.

Bibliografía

*-*Arce, Alberto. *Honduras a ras de suelo. Crónicas desde el país más violento del mundo.* México: Paidós, 2016.

-Bataille, Georges (1957). *El erotismo.* Barcelona: Tusquets, 1985.

-Freud, Sigmund (1919). *Lo siniestro.* México: Letracierta, 1978.

-González Rodríguez, Sergio. *El hombre sin cabeza.* Barcelona: Anagrama, 2011.

-Kristeva, Julia (1980): *“Sobre la abyección”, en Poderes de la perversión.* Trad. Nicolás Rosa y Viviana Ackerman. México: Siglo XXI, 2006. 7-45.

-Martínez, Óscar. “El niño y la bestia”, en Leila Guerriero: *Los malos.* Santiago: Universidad Diego Portales, 2015, 57-92.

-Nbembe, Achille. *Necropolítica.* Trad. Elizabeth Falomir. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2011.

-Thomas, Louis-Vincent (1980). *El cadáver. De la biología a la antropología.* Trad. Juan Damonte. México: FCE, 1989.

-Turati, Marcela. “Santiago Meza López, ‘El Pozolero’. Cuerpos sin sepultura”, en Leila Guerriero, *Los malos.* Santiago: Universidad Diego Portales, 2015, 93-135.

-Valencia, Daniel. “Se hunde Atlántida”, en O. Martínez (comp.) *Crónicas negras desde una región que no cuenta.* México: Aguilar, 2014. 335-348.

-Valencia, Roberto. “La triste historia de un reclusorio para niños llamado Sendero de Libertad”, en O. Martínez (comp.) *Crónicas negras desde una región que no cuenta.* México: Aguilar, 2014. 111-132.

-Valencia, Sayak. *Capitalismo Gore.* Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010.

1. Esta ponencia se enmarca dentro del proyecto Fondecyt Regular N° 1160027, de la cual soy investigadora responsable, que examina las correspondencias narrativas entre cierta crónica contemporánea y el género fantástico/de terror gótico. [↑](#footnote-ref-1)
2. En la línea de Sayak Valencia (2010) y Achille Nbembe (2011), entendemos la necropolítica como una noción no opuesta sino que complementaria a la biopolítica foucaultiana, en tanto forma contemporánea de sumisión de la vida al poder de la muerte, que a su vez se inscribe dentro de un entramado de intereses y relaciones eminentemente económicas. [↑](#footnote-ref-2)
3. El guacal es un fruto redondo, que se utiliza como vasija una vez que se corta por la mitad y se le extrae la pulpa. [↑](#footnote-ref-3)